

BRECHT BENJAMIN KAFKA RILKE

VIAJE DE IDA Y VUELTA AL MUNDO DE AYER

Vicente Valero recupera a cuatro de los grandes protagonistas de comienzos del siglo XX y trenza sus relaciones en un libro poético y vibrante, 'Duelo de alfiles'

POR MANUEL LLORENTE

NA
RRA
TI
VA

Un hilo de niebla hilvana aquellos años de hace un siglo y llega, deshilachado, hasta hoy. Vicente Valero ha ido enhebrándolo para desentrañar lo que entonces se fue germinando sin prisa pero con codicia hasta estallar en las vanguardias. En aquel preámbulo figuraban personalidades aisladas, aves de paso y poso que fueron desgranando semillas que fructificaron en obras que mantienen un resplandor que aún deslumbra. Confluyeron Franz Kafka, Walter Benjamin, Friedrich Nietzsche, Bertolt Brecht y Rainer Maria Rilke, entre tantos. Hubo sus más y sus muchos menos, pero el poeta de Ibiza los ha reunido en un libro luminoso que ha dado en titular *Duelo de alfiles* (Periférica).

Lo ha urdido todo Vicente Valero en un imaginario tablero de ajedrez para sumergirnos en una época irrepetible. El perfume de pólvora se expandía por la vieja Europa, *El mundo de ayer* de Stefan Zweig que preconizaba y lloraba la tragedia de la Primera Guerra Mundial, el Imperio Austrohúngaro y la paz de los balnearios, los cadetes en

conciertos palaciegos a punto de ser asaltados por la búsqueda del *hombre nuevo*. Todo latía y amenazaba el sosiego de una sociedad somnolienta. Dejémonos viajar hasta aquel orden desbordado, desvaído y complaciente.

El escenario en blanco y negro del ajedrez, ese juego de 64 casillas posible e inabarcable, urde algunos de los escenarios de este libro. Vicente Valero, apasionado de esa pasión de solitarios y extraños, ha ido viajando, ahora y entonces, por aquella geografía de cafés, tertulias y cartas escritas a pluma. Con la excusa de algunos viajes por la vieja Europa, Vicente Valero va fraguando el encuentro en el exilio entre Brecht y Benjamin en Svendborg (Dinamarca) en el verano de 1934. El filósofo, cansado, envejecido y necesitado, con 42 años, acepta el cobijo del dramaturgo. Apenas tiene el consuelo del cine. Bertolt Brecht «hablaba y escribía como si el mundo estuviera rompiéndose (...), era optimista pues una nueva organización social —de tipo comunista— acabaría por llegar para sustituir al viejo y despedazado mundo», escribe Valero.

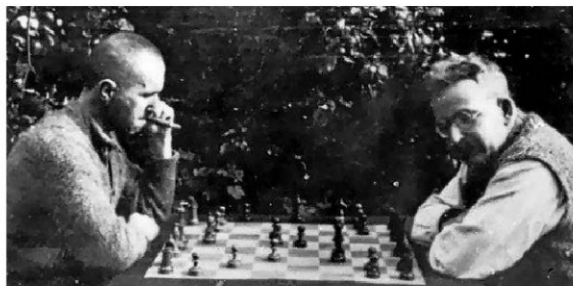
Los dos amigos juegan por la tarde al ajedrez ligados, también, por Kafka. Siempre aparece Kafka. Y el lector asiste, está presente, ante aquellos encuentros. «La amistad Benjamin-Brecht es única porque unió al poeta alemán vivo más grande del momento con el crítico más importante de la época, y habla a favor de ellos el que los dos lo sabían», dijo en 1968 Hannah Arendt. ¿Y por qué Kafka? Walter Benjamin había dejado un texto sobre el autor de *La metamorfosis* a Brecht que se olvidaba de comentarle en las tardes de calma.

Vicente Valero desliza títulos de varios relatos de Kafka que salpimentan y sugieren, como lecturas complementarias, un relato paralelo. Sugiere que lea-

mos *En la colonia penitenciaria* como una premonición de lo que Hitler traía entre manos. La descripción sanguinolenta de ese cuento atroz fue justificada por Kafka a su amigo Oscar Pollak en 1904: «Necesitamos libros que actúen sobre nosotros como la muerte de alguien a quien queremos más que a nosotros mismos».

Y surge Rilke, discreto y silencioso, pues, en ese entramado de Historia y fantasía, Vicente Valero evoca que el poeta de Praga había leído a Kafka. Y además había asistido en Múnich a un curso de mitología con un joven Walter Benjamin. Y surge Hitler, quien por só-

sonajes de muy diversas épocas pero con el denominador común de hombres angustiados cada uno a su manera: San Juan de la Cruz en sus últimas horas (qué mirada tan delicada ante un hombre abatido, perseguido y auxiliado); Friedrich Hölderlin, vagabundo errático en una espiral de locura por el amor imposible de Susette Gontard, y un Fernando Pessoa esquizofrénico ante la aparición sonámbula, tras un encuentro habitual con Mario de Sá-Carneiro y José de Almada Negreiros, de su heterónimo Alberto Caeiro a raíz de la irrupción de un verso: «Nunca guardé rebaños, pero es como si los guardara».



Bertolt Brecht y Walter Benjamin, durante una de las partidas de ajedrez que compartieron en 1934 en Svendborg (Dinamarca). BERTOLT BRECHT ARCHIVE BERLIN

lo tres semanas no pudo acudir a la lectura de Kafka en Múnich, una de las escasas apariciones públicas de Kafka en la que leyó un relato, gracias a las gestiones de su amigo y traidor Max Brod.

Un respiro. Vicente Valero sabe no sólo de lo que escribe porque haya leído a todos y cada uno de los protagonistas citados, sino porque tenía el ascendente de un libro breve e intenso que tituló en 2015 *El arte de la fuga* (también en Periférica). No es lo mismo pero sí semejante. Entonces puso la lupa en tres per-

Nada es casual, todo fluye en los meandros de la memoria y de la Historia. Viene y va una marea invisible que se acomoda o se torna irascible en la imaginación y las lecturas del escritor. Todo se trenza y se desdibuja. No importa. Es literatura. Y de eso escribe con delicadeza y pulso el poeta lejano y próximo que dice llamarse Vicente Valero. Aunque, como escribió Kafka el visionario al final de *Un viejo manuscrito*: «Hay algún malentendido y este malentendido será nuestra ruina». **e**